

# MUSA JOVEN

≡ REVISTA QUINCENAL ≡

Año I

16 de Junio de 1912

Núm. 2



LORD BYRON

60 cts.

**Sumario:** Musa Joven, por V. G. H. F.—Al público, por J. H. B.—La canción del barquero, por Juan Guzmán C.—Flor campesina, por Francisco Contreras.—Signos-esperanzas, por Jorge Hübner B.—La raza de Caín, por Jorge Silva S.—Gabriel D'Annunzio, por Vicente García Huidobro F.—Reproche, por Jorge Hübner B.—Despedidas, por Gabry Rivas.—La oración olvidada, por Víctor Domingo Silva.—Una sola sombra larga..., por Joaquín Edwards Bello.—Imaginaria, por Angel Cruchaga S. M.—Los abuelos lloraron, por Manuel Magallanes Moure.—La romanza de los besos, por Vicente García Huidobro F.—Raúl, por Jorge Silva F.—Los rumores de la tarde, por Luis Vargas Bello.—El arca, por Gabriel D'Annunzio.

**NOTA.**—Desde el próximo número se publicará una página de retratos que tendrá por título: **VERDADERAS BELLEZAS CHILENAS.**—No hemos publicado algunos trabajos recibidos después de estar preparado este segundo número. Aparecerán en el tercero.

## ⇒ MUSA JOVEN ⇐

Al oír la voz chillona de la legión de vendedores de diarios gritando en su endiablada jerga: «¡MUSA JOVEN! ¡Revista nueva!» es de creer que sólo interesara a los que se inician en la carrera de las letras; á los muchachos que vienen de cerrar el último texto de Humanidades, para dar principio al primer año de abogacía. ¡Destemplado período! en que el niño se transforma en hombre y la dulce voz con inflecciones de trinos de pajarillo va tomando acentos metálicos, y el bozo que comienza á sombrear la boca va comunicando pretensiones de grande hombre á los recién llegados á hombrecitos. Y talvez el público ha creído que esta Revista es la primera manifestación de hombría de un grupo de niños grandes. Pero el error se desvanece al abrir la primera página: el material de lectura sería, escogida y por demás interesante; los colaboradores, brillantes ingenios de primera magnitud en amena confusión con los soles que se levantan, son la mejor prueba de que el nombre de MUSA JOVEN significa la eterna juventud del pensamiento y que los años no ejercen influencia alguna en la llama que sobrevive á la materia, la MUSA no tiene edad; antes fresca y vigor luce á los sesenta años que puede competir con la del estudiante soñador. La sola diferencia está en que el hombre maduro canta las pasiones vívidas, describe el alma hallada en las cosas que han pasado ante sus ojos; su imaginación semeja el brioso corcel domado por su dueño que vuelve victorioso ó maltrecho. Para la poesía tanto dá, pues lo mismo ahonda en la esperanza que en el dolor.

Su Musa canta las profundas conmociones que han estremecido el alma que no envejece, que es inmortal; canta cuando el corazón destila sangre ante la muerte y los desengaños, y canta con primorosa frescura el poema de su infancia; las siluetas ideales que al pasar envueltas en la niebla del tiempo dejaron un perfume de imborrable memoria, y el poeta lo devuelve cristalizado en poemas, sonetos ó fantásticas narraciones, como tributo de gratitud á la felicidad pasada. Y la dama que sólo guarda de la juventud el alma y los recuerdos, queda inmortalizada.

Así canta el hombre y al cantar enseña, vaciando el joyel de su eterna juventud ante los ojos atónitos de los jóvenes poetas para quienes la poesía es la Dulcinea de todas las cosas.

El joven ansioso de saber, de indagar, de buscar la belleza, arranca á su lira los secretos de los sueños, corre en pos de la velada visión en que su fantasía divina la mujer que sin saber lleva dormida en su alma de niño. A ella canta revisitiéndola de las galas de su ingenio á través del cual está sometido á contemplar todos los acontecimientos hasta que la vida lo enseñe, lo pula como pule el choque del agua las piedras que arrastra la corriente.

MUSA JOVEN, sépanlo nuestros lectores, tiene la pretensión de no competir con nadie; su programa es el culto de la belleza donde quiera que la encuentre; acepta todo lo que pueda ser útil al cultivo de la más elevada Poesía, el clacisismo, el romanticismo, el modernismo, etc., donde quiera que encuentre una nota afina-da que sirva á la armonía universal, al estudio profundo y concienzudo de las ciencias y de las letras. Y al aceptar lo bello acepta lo bueno, pues, la verdadera belleza se encuentra sólo en la verdad eterna.

V. G. H. F.

---

## AL PÚBLICO

Debemos dar gracias al inmenso público que favoreció nuestro primer es-fuerzo: exponente del interés que vigoroso comienza á levantarse por todo lo que al arte se refiere.

Profetas siniestros, almas materiales querían infiltrarnos su pesimismo, persuadirnos de que una revista literaria moriría aquí muy pronto por falta de lectores.

Lleno el corazón de esperanza, á pesar de sus voces, acometimos la empre-sa y el público acudió al llamado como si de tiempo atrás buscara sediento una fuente de arte y los pensadores, Juan A. Barriga, Omer Emeth, y V. D. Silva tuvieron para nosotros frases entusiásticas.

En el primer número de MUSA JOVEN, fruto de ligera labor, aparecen es-casos trabajos nacionales; en éste, mejoran en cantidad y calidad. Nadie se ha negado á ayudarnos y el esfuerzo común llevará al triunfo. ¡Que alguna vez haya una revista, verdaderamente literaria! Que bajo nuestro cielo, crezca alguna vez lozano el jardín de flores maravillosas: ¡el arte!

J. H. B.

---

### La canción del barquero

Cuando vuelan las gaviotas,  
 Cuando se oyen esas notas  
     Peregrinas  
     De la mar,  
 Cuando cantan las ondinas  
 Y al oír esas divinas  
     Vibraciones  
 Esos ecos de canciones  
 En los tristes corazones  
 Hay anhelos de gozar,  
 Cuando el sol con sus reflejos  
     A lo lejos  
 Se va lento á sepultar

Y es la hora en que á los viejos  
 Les agrada recordar  
 Otros días y otras horas,  
 Los crepúsculos y auroras  
 Quehan pasado como nubes sobre el mar  
 Es entonces cuando ansío suspirar  
     Y quisiera  
 Que mi espíritu se fuera  
 Difundiendo por la bruma  
     Como espuma  
     De la mar.

JUAN GUZMÁN C.



 Flor campesina 

(Para «MUSA JOVEN»)

¡Encantadora chiquilla!  
Pequeña, vivaz, risueña,  
Ojos de uva, trigueña,  
Cual la arcilla, la mejilla.

Verde chaqueta sencilla  
Sus tiernos pechos diseña,  
Mientras alba falda enseña  
La desnuda pantorrilla.

Anda, vibra, canta, ríe  
Y á cada paso deslíe  
En la luz frescos efluvios.

Efluvios de grandes hojas  
Nuevas, de manzanas rojas  
Y de agrios membrillos rubios.

FRANCISCO CONTRERAS.

 SIGNOS—ESPERANZAS 

Hay un resurgimiento en el arte chileno. Nuevos poetas, niños ayer, modulan sus cantares ante respetuoso silencio. Es un avance. Se lee la literatura nacional y los viejos, los consagrados, dicen bien de los que llegan cargados de esperanzas.

Los que vivimos del arte, ante los nuevos signos, esperamos tiempos de ventura y oímos con agrado el actual rumor: reflexiones nacidas al leer una carta de Santiván. El autor de *Palpitaciones de Vida*, laureado en todos los concursos, victorioso en cuantos géneros literarios vertió su pensamiento, sabe buscar en los jóvenes la primavera de arte que vendrá pronto y tiene aún el hermoso gesto de pedir disculpa por no comentarlos más, en la intensa labor á que se viene dedicando.

Como una prueba hermosa de estos hermosos signos, copio su bellísima carta:

«Amigo Hübner:

«Ahí le envió unas cuatro líneas por el libro de versos del señor García Hui-  
«dobro. Ojalá le dijera que me disculpe por no preocuparme de él con mayor  
«atención y reposo, en virtud de que aprovecho los pocos minutos que me dejan  
«libre mis ocupaciones, para dedicarme á un trabajo que me absorbe completa-  
«mente. ¡Otra vez será!... ..»

«Ecos son, y muy suaves, muy inspirados, de un alma noble, juvenil, llena  
«de frescura y de piedad.

«Dedica su libro el señor García Huidobro, á su amada. «Te pertenece,—dice, « estos versos son tuyos. ¡Cuántos de ellos nacieron en mi alma bajo el influjo de tu mirada». «El único mérito que pueden tener,—agrega,—sólo tú lo comprenderás; tú, que sabes que en muchas de esas composiciones cada estrofa es una lágrima y que otras nacieron al ver dibujarse en tus labios una sonrisa...»

« Y en realidad, á cada paso se encuentran en el libro estrofas impregnadas de ternura que han sido escritas expresamente para conmover un corazón femenino; son como tímidos golpecitos, como breves balbuceos, junto á la puerta de un alma querida. He aquí una muestra:

«.....Y tú fuiste esa maga que vino  
Esa maga bendita  
A tocar en una alma desierta  
Sin una alegría  
Y brotar de ella hiciste las notas  
Que en ella dormían:  
Como un día Moisés de una peña  
Con fuerza divina  
Arrancara á copiosos raudales  
El agua de vida.....»

«No sé de versos, no podría decir de ellos si están contruidos conforme á las reglas de la métrica, pero sé buscar á través de las palabras ó de los gestos, un signo que me revele un alma en su descuidada desnudez. ¿Es por eso que me conmueven los versos de *Nada imposible*, con sus ofrecimientos ingenuos y apasionados para la niña que se adora? «Pídeme cualquier cosa,—le dice—y yo haré lo imposible para alcanzarla».

«Díme que quieres la inmortal medalla  
Que ambicionan los grandes de la tierra,  
Que se gana peleando en la batalla;  
Y partiré á la guerra».

«¿No es encantador ese verso? ¿No se vé allí de cuerpo entero á un niño inesperto de la vida, abriendo los brazos para significar su cariño?»

«Pero no es solamente la nota amorosa la que vibra en la lira del joven poeta. También se escuchan dulces plañidos que hablan de su amor filial, de su amor patriótico y de aquel delicado sentimiento que es muy raro encontrar en la vida: el cariño al amigo, al hermano del espíritu.

«Con ese generoso bagaje de sentimientos es imposible que el señor García Huidobro no logre triunfar ampliamente en su carrera literaria y si á esto se añade que es un joven de talento, culto y estudioso, se puede asegurar que el triunfo definitivo está cerca, muy cerca.

«Vayan estas líneas, pues, como un franco saludo al buen amigo y nuevo compañero, deseándole que *«Ecos del Alma»* no sea más que una sombra de lo que ha de venir, del trabajo maduro y conciente, inspirado y arrogante, de todo un poeta de grandes alientos.

«Lo saluda su affmo. amigo y compañero.—FERNANDO SANTIVÁN».

Con tales jóvenes y tales consagrados, ¿es mucho prometer un resurgimiento literario, una primavera de arte?

Bella promesa, para los que llegan á luchar; ser en la breve historia literaria de este país, los fundadores de un verdadero arte.

JORGE HÜRNER BEZANILLA.





## «La Raza de Caín»

(Poema bíblico)

—¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?  
 Tronó la frase del Señor, arriba;  
 Y fué una maldición irreparable  
 La cláusula estridente de su ira...  
 El rostro torvo, la mirada inquieta,  
 Con círculos de fuego la pupila,  
 Oyó Caín la maldición eterna  
 Para su raza... «¡Errante y fugitiva,  
 Irá,—dijo el Señor,—tu raza innoble,  
 Y escribiré en su frente maldecida,  
 Con la ira imborrable de mi diestra,  
 El signo del pecado de la envidia!  
 Abrojos sólo le dará la tierra;  
 No brotarán las flores campesinas,  
 Tiernas sonrisas de la Virgen Madre,  
 Para alegrar las almas podrecidas!...»  
 Caín bajó los párpados quemantes,  
 Sintió gemir á su alma fraticida,  
 Y, al querer implorar, torció su boca  
 La rabia que le hervía en la saliva...  
 El signo del Señor le hendió la frente  
 Y sobre el corazón puso su estigma...  
 Y hoy, ya reseca de envidiar, la raza  
 De aquel pobre Caín, muere de envidia!...

JORGE E. SILVA S.

Junio de 1912.





## • GABRIEL D'ANNUNZIO •

(Para Hernán Díaz Arrieta)

He aquí al artifice excelso. He aquí al artifice deslumbrador. Gabriel D'Annunzio es el pintor de las almas, el psicólogo indagador. Es el loco que delira grandezas.

Espíritu altamente sintético, D'Annunzio, ha sabido pintar en sus novelas, con vivos y fuertes colores, las emociones interiores y exteriores de la vida.

Yo no trepidaría un instante en darle el calificativo de genio. Lo admiro y lo venero.

En mi fantasía D'Annunzio se presenta como un rey oriental. Con la corona maciza en las sienes, un manto azul cuajado de pedrerías que brillan y chispean: un cielo estrellado.

Al través de sus libros, ora palpitantes, entusiastas, vibrantes; ora suaves y acrepusculados; ora melancólicos, trágicos, desesperantes, latentes de calor, de sangre que bulle, al través de sus obras yo he vivido una vida nueva.

Su estilo amplio, regio, desbordante, nos maravilla. Y mientras con su estilo lleno de músicas desconocidas encanta nuestros oídos, con sus profundos y oportunos pensamientos conmueve todo nuestro ser, nos emociona.

Desde antes de los veinte años empezó su carrera de escritor asombrosamente fecunda. Novelas, versos, artículos, dramas, discursos, narraciones, etc. Todos los diversos géneros literarios los abordó con superioridad.

Sus primeras obras son las más respetadas y aplaudidas por la crítica.

Antes de estudiar á D'Annunzio quiero advertir que no soy de aquellos que participan de la idea, contraproducente de negarle el talento ó el genio á los que

no piensan como ellos. Lo que considero una inaudita torpeza de espíritus y cerebros estrechos y falsamente bien inclinados.

Claro está que no porque admire á D'Annunzio voy á participar de sus ideas. D'Annunzio es orgulloso, alocado. La desigualdad de su vida, la poca cordura de sus actos lo hizo correr entre aplausos y silbidos. Debiendo ser el ídolo de su pueblo ha sido odiado y despreciado. Cambió su verdadero nombre, Gaetano Rappagnetta, por el que ahora lleva, sonoro, pomposo, nombre de conquistador.

Una de las primeras novelas que leí de Gabriel D'Annunzio fué «Las Vírgenes de las Rocas» en la cual expone las ideas de Nietzsche y la teoría del superhombre.

«El Inocente» es una novela que admira por la claridad y exactitud con que estudia la pasión del protagonista.

Maravilla ver á D'Annunzio pintándonos en sus novelas los diversos tipos de degenerados que estudia la ciencia de Lombroso. Son tipos reales, perfectos, como no los hubiera pintado ni el más aventajado de los lombrosianos.

Tulio Hermil, personaje del «Inocente» es la más viva encarnación del degenerado egoísta, cruel sin compasión, hipócrita hasta lo más y cobarde aún en su crimen. Se enaña contra el hijo adulterino de su esposa, de cuya falta él mismo fué culpable, en parte, por el completo abandono en que la dejaba y por sus descaradas infidelidades. Sabiendo que aquel inocente es débil del pulmón lo expone al aire en una noche helada, lluviosa, logrando así su muerte.

Es el crimen del degenerado aristocrático que lo comete no dejando lugar á la justicia.

Juan Episcopo, personaje de la novela del mismo nombre, es otro degenerado, un neurasténico que se siente subyugado, sin saber como, por su amigo Wanzel á quien llama su verdugo, su déspota. «Cuando me encontraba ante mi verdugo no podía ni aún querer» nos dice y más adelante añade: «¿Quién me revelará ese misterio antes de morir? ¿Es que existen hombres en el mundo destinados á esclavizar á otros hombres?»

Esta pregunta del desgraciado Episcopo tiene su respuesta en la Psiquiatría. Todo súcubo tiene su íncubo: todo débil dominado tiene su fuerte dominador.

El íncubo puede hacer del súcubo lo que le plazca, pasando éste á ser un simple instrumento de aquél, perdiendo totalmente su libertad de obrar, casi sin deseo ni pensamiento propio. Pero ¡ay del íncubo cuando el súcubo recobrando su libertad por un esfuerzo sobrehumano, se subleva! Hará lo que Juan Episcopo; concluirá cruelmente con la vida de su tirano.

Algunas novelas de D'Annunzio tienen mucho de la novela rusa. De Dostoiewski y de Tolstoy. Parientes cercanos, muy cercanos de Nikita, personaje del «Poder de las Tinieblas», y de Raschnicoff, personaje de «Delito y Castigo» son Juan Episcopo y Tulio Hermil.

Otra de sus novelas famosas es «El Fuego» montaña que se eleva más allá de las nubes. Esta novela grandiosa causó grande escándalo, fué criticada muy duramente. Daba á la luz en ella, con el mayor descaro, la historia de sus amores con una de las actrices más renombradas, no sólo de Italia, sino del mundo.

«Tierra Virgen», llena de hermosas descripciones. «El Placer», novela admirable, profunda, aunque más de un poco colorada, con maravillosos retratos y descripciones. Fuerte, vibrante, llena de vida y de color, de aire, de luz.

Entre sus dramas me gusta sobremanera «La Gioconda» su mejor obra teatral á mi modo de ver. La «Citta morta» en que flota una tibieza de crepúsculo que embarga el alma y á veces un sol de primavera que fortalece el corazón. Ambas piezas fueron frenéticamente aplaudidas.

Su comedia «Gloria» fué silbada, pero más bien por razones políticas.

En «Sueño de una mañana de Primavera», nos llama la atención la figura de Isabel con su rara locura. Está descrita con la más perfecta precisión. Es la loca



que todos conocemos, no la loca artificial producto sólo de una fantasía enfermiza y falseada.

También es digna de todo aplauso «Sueño de un atardecer de Otoño», con esas palpitaciones de carne ardiente, esa pasión brutal de *El* por Pantea, la Venus veneciana, y ese odio desesperante, furioso de Gradéniga hacia Pantea por haberle arrebatado al único sér que amaba. Es un poema trágico que admira por la fuerza y la intensidad. Crispa y excita horriblemente los nervios.

La Duse estrenó «Francesca da Rimini» que fué un éxito colosal. Esta pieza no se presta para el teatro por su considerable extensión, duró la representación seis horas. Además es poco dramática, tiene poco movimiento y es demasiado lírica. También nombraremos «La Nave» y «La Hija de Sorio» que considero la más vulgar de las obras de D'Annunzio. Ultimamente ha sido estrenada su nueva obra «El Martirio de San Sebastián», que alguien ha llamado, con justicia, misterio en cinco actos. Es algo espeluznante, casi inverosímil. Ha sido severamente juzgada por la crítica. La acción se desarrolla en tiempos de la fastuosa y corrompida corte de Dioclesiano.

Como cuentista ha seguido á veces á Maupassant. Su característica son los cuentos horribos, macabros.

Se ha dicho, y con razón, que para leer las poesías de D'Annunzio se necesita mucha cultura. En sus poemas no hay unidad, no sigue la idea fundamental. Son una serie de digresiones. Pero siempre es el dios de la armonía, el deslumbrador; y en sus poesías no faltan descripciones hermosísimas, pinturas vivas y observaciones hondas.

El grandioso «Poema Paradisiaco», «Canto Nuevo», «La Chimera». «Invencible», la historia de un amor que poco á poco, paso á paso, termina en una locura y en un suicidio. «Primavera» acaso escrita bajo el influjo de un reciente estudio de Josué Carducci.

Su «Canción de Garibaldi» fué un horrible latigazo á la monarquía. Aquel atrevido verso:

«Donato un regno al sopraggiunto re».

sonó á estocada entre los monarquistas.

Siempre me ha parecido hermosa y digna de seguirse la divisa de Gabriel D'Annunzio:

*O rinnovarsi ó morire.*

Él cree que el escritor que no se renueva continuamente es por falta de poder para hacerlo.

Gabriel D'Annunzio es el pintor de las situaciones interiores del alma. Por eso dice Gómez Carrillo que «su ideal consiste en reproducir artísticamente el panorama de la vida interior, para que los curiosos de psicología puedan contemplar, en sus obras, el panorama del alma sensitiva en sus complicaciones de vida íntima».

En Gabriel D'Annunzio aparece la teoría del superhombre como su credo moral é intelectual.

Como católico no participo de sus ideas, pero como hombre me inclino ante el genio.

Para mí siempre será D'Annunzio el artífice excelso, el artífice deslumbrador y psicólogo profundo y experto que sabe sorprender las situaciones interesantes de la vida y que sabe llevarlas paulatinamente, paso á paso, hasta su fin con una exactitud sólo posible en la realidad.

D'Annunzio ha tenido una gran gloria: la de ser discutido é insultado. La gloria de todos los idealistas y los visionarios. ¿No es esta la primera condición del genio? Discutido, insultado.....?

Pero el genio, sobre aquellos mismos que lo insultan y discuten, levanta su pedestal.

Gabriel D'Annunzio estaba seguro que, en los momentos en que la turbamulta y la burguesía mediocre lo apostrofaba y lo silbaba, la diosa del arte lo ungía con un beso en la frente.

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.

*Junio 11 de 1912.*



✻ REPROCHE ✻

Al intenso poeta Vicente García Huidobro F.

Siempre la tenue luz de los crepúsculos  
Unidos nos hallaba:  
Contándoles mis penas y mis gozos,  
Descendía hasta mí la paz del alma;  
Y ella con abandono me decía  
Que encontraba la calma,  
Vertiéndome sus penas,  
Sus gozos, su esperanza,  
Como descansa el río al derramarse  
En el mar que le aguarda...

De amor no hablamos nunca. ¡Son tan crueles  
Sus quemantes cuidados!  
Contándonos dolores ó esperanzas,  
La miel de los consuelos encontrábamos.  
Sé que el amor es dulce: son las olas  
Que besan los peñascos,  
Que refrescan sus frentes,  
Que pulen sus costados,  
Y que, al volver al mar, dejan en ellos  
Sus residuos amargos...

Éramos tan felices, porque entonces  
Pudimos ser sinceros;  
Pudimos divagar unidos siempre  
Por la región sin fin de los deseos.  
Cuando trataba de calmar mis fiebres,  
Podía darle un beso,  
De su pálida frente  
En los tímidos crespos



Y esperar la mirada dulce, esquiva  
De esos sus ojos negros...

En la lucha incansable de mi vida,  
Llegó un día solemne:  
Ultrajó una mujer mi fe de niño;  
Me hizo engendrar deseos de la muerte.  
¡Qué triste es conocer, cuando adoramos  
Que el amor se desprecie!  
Saber que hasta el cariño  
Que hemos dado, nos hiere!  
Que el fuego de una vida, con la risa  
De una mujer, se hiele!

Fuí al templo: las paredes se escondían  
En negros cortinajes;  
Los arpegios del órgano lloraban  
De la vida las locas vanidades.  
Al centro, un ataúd entre las flores,  
Con sus muros de cárcel,  
Aprisionaba un cuerpo,  
Mientras subía un ángel:  
¡Qué triste era la vida! ¡qué dichoso  
El que en la lucha cae!...

Y me acordé con gozo en mi delirio  
De la pálida niña:  
¿Por qué, con mis amores ultrajados,  
No podía contarle mi agonía?  
¿Sufriría yo menos, si sus lágrimas,  
Juntaba con las mías,  
Si vertía en su pecho,  
Esas olas de acibar,  
Que, en un instante de dolor intenso,  
La juventud marchitan.

Le dije cuánto entonces en desorden  
Me dictaba el dolor:  
Que el mundo era muy cruel; que ya la muerte  
Imploraba de Dios;  
Que la mujer, por vanidad sin alma,  
Nos parte el corazón;  
Que el hombre ha de ocultar sus afecciones,  
Para darles valor;  
Que buscaba incansable una alma joven,  
Para darle mi amor;

Para fundir mi espíritu en el suyo,  
 Con incesante unión;  
 Para vagar, cuando la muerte rompa  
 El lazo del dolor,  
 Por las regiones de la eterna dicha,  
 Bajo el manto de Dios!  
 Que aprendí á conocer que las mujeres,  
 No tienen corazón;  
 Que el mundo era muy cruel y que la muerte  
 Imploraba de Dios...

Y me dijo en su mágico lenguaje,  
 Que sabía lo amargo de la vida;  
 Que siempre la virtud emprende el vuelo,  
 Porque vive allá arriba;  
 Que también suspiraba por la muerte,  
 De la virtud y del dolor amiga,  
 Pues buscó con afán amor eterno  
 Y halló su alma marchita;  
 Me dijo que en el cielo los amantes,  
 En una sus dos almas confundían;  
 Pero que ella, la odiada de la suerte,  
 Vagaría solita...

Y mientras de la noche el ancho manto  
 La ciudad y los montes encubría,  
 Como un reproche mudo ví una lágrima  
 Brillar en su pupila...

JOLGE HÜBNER BEZANILLA.



## DESPEIDIDAS

Aquella mañana la aurora se había fugado más temprano—según el decir de la abuelita, la sagrada reliquia del hogar—y como que cantaban más alegres los pájaros; las fuentes como que llevaban más armonía en sus murmurios... y por su hietérico piar, los gorrioncitos debieron libar mejor y más abundante miel aquella mañana.

Es verdad que el sol, ese dorado rey de los espacios, se había presentado bajo un velo de nubes; pero, eran éstas tan sùtiles, que más que nubes, parecían encajes vaporosos hechos para las faldas de una novia.

No era aquél, sinembargo, un día alegre para la familia; Andrés, un mozo de veintidós años, habría de embarcarse aquella tarde rumbo al extranjero; y mientras la madre preparaba el equipaje mojado con sus lágrimas los pañuelitos nuevos de su hijo, éste había ido á despedirse de su novia, un delicado lirio por lo blanca, de ojos como de noche, que miraban melancólicamente.

Andrés y María del Tránsito vieron entre la tierna despedida un epílogo fatal de sus amores, algo así como una primavera fallecida, un ensueño esfumado, una nube negra nacida en la plenitud de sus esperanzas. Es verdad que se escribirían, que, «mientras más se separaran sus cuerpos estarían más juntos sus espíritus»... Pero esto no consolaba á la pobre niña que, presa de nervioso delirio, ponía sobre los labios de su amado todas las siemprevivas de sus besos.

Al fin llegó el momento cruel de la separación.

Se despidieron.

Ella, pálida y ojerosa, estrechó largo tiempo contra sus senos—dos rosas impecables—la cabeza de Andrés. Este, dejó caer una lágrima, una sola lágrima que resbaló por sobre el blanco brazo de la novia y siguió resbalando hasta esconderse en una fina grieta de su mano

Y se fué.

Después de esta despedida casi trágica, nada habría tan doloroso—pensaba el pobre Andrés;— mas cuando la adorable cabeza de su madre puso un adiós silencioso mientras ella respondía con un lamento más silencioso aún, los ojos del mozo se llenaron de lágrimas y sintió un gran dolor dentro del pecho como si en mitad del corazón le hubiera penetrado la aguda, afilada y fría punta de un puñal.

\*  
\* \*  
\*

El tren dejó oír en la lejanía un silbido largo, intensamente largo..... y se le vió aparecer como un monstruo negro, volando espesas bocanadas de humo cual si su chimenea fuese la pipa enorme de un gigante flemático y estoico que indiferente volara hacia el espacio retorcidas espirales.

Llegó jadeante, cansado de la travesía que acababa de emprender entre bosques y llanos; y como para tomar nuevos bríos é invitarlos á subir, se detuvo frente á Andrés y sus amigos y parientes que iban á despedirlo.

Y subieron.

Andrés fué el último: ya los carros crugían en desperezamientos de serpiente, cuando un soberano esfuerzo de su voluntad lo separó de los brazos que aún lo ligaban al amado terruño.

Fué entonces, cuando el tren se perdió en una curva lanzando un último penacho de humo como un brazo amoroso que se alarga para decir adiós, que el joven comprendió la infinita amargura que dejan tras de sí las despedidas.

Después el puerto: sobre la tranquilidad de las aguas de la bahía, el vapor que calentaba sus calderas, la leve cinta de humo que manchaba la pureza del cielo al salir de aquellas dos grandes chimeneas que fingían dos torres hermanas..... y el lejano horizonte que esperaba...!

Bajo la melancolía de una tarde de brumas, Andrés dió el postrero y amoroso abrazo á su buen padre; enlazó sus brazos á su hermano Eduardo, besó á sus adoradas hermanitas; estrechó las cien manos de los cien amigos que fueron á dejarlo... y se embarcó pensando en el hogar donde á aquella hora su madre murmuraba plegarias ante un Cristo, bajo la penumbra de un cirio que lloraba con ella.

Ya en la proa recordó á su abuelita al escuchar la voz de un marino—viejo lobo del mar—quien con una pipa entre los dientes y levantando al cielo su cara tostada por el sol, decía á sus camaradas: «ya os lo había predicho; los marinos no

nos equivocamos nunca: para una mañana alegre de sol, una triste tarde de brumas; cuando el astro se asoma entre blancas y vaporosas nubecillas, se oculta envuelto en densos y negros nubarrones..... ya os lo había predicho: los marinos no nos equivocamos nunca...»

Y subió el ancla.

Los blancos pañuelos empezaron á agitarse en un nervioso adiós de despedida. La punta más alta de la patria, que pintaba en el cielo una pirámide, fué esfumándose lenta, pero terriblemente; y á poco sólo se vió la luz del faro que parecía la pupila sangrienta de algún ogro que meditara un crimen á la sombra.

La aguja del reloj llegó á la hora y seis campanadas lúgubres resonaron en la calma glacial del camarote..... Luego, sólo quedó el «tic-tac» con su canto monótono y pausado.

Oyendo aquel «tic-tac» Andrés pensó que el lejano alambre telegráfico quizás estaba llevando con sus golpes eléctricos las últimas y tristes despedidas que su mano trazara...; y recordó el telegrama para la dulce amada:

«En estos crueles momentos,—decía—desgrano sobre mis caros afectos las dolorosas cuentas del rosario de mis despedidas... No me olvidéis... Adiós...»

Y en la lejanía del horizonte, donde una nube negra hacia la ilusión de un pedazo de tierra, una solitaria gaviota en fuga con el lento mover de sus dos alas, parecía contestar al silencioso adiós del pobre Andrés.

GABRY RIVAS.

*Santiago, 1912.*



## LA ORACIÓN OLVIDADA

Ha caído la tarde. Lentamente se esfuma  
en matices violáceos la romántica bruma  
y se extinguen las charlas del follaje locuaz.  
Ha caído la tarde, y en la luz y en el viento  
desvanécese el día con el vago lamento  
de cien liras tañidas en un solo compás.

La hora triste me cerca! La hora lánguida y mustia...  
estremecen horribles calofríos de angustia  
á esas hojas de otoño que estoy viendo caer.  
La hora triste me cerca! La hora mística y honda...  
Siga, pues, la doliente, la fatídica ronda  
de las hojas hoy secas y lozanas ayer.

Las murallas del viejo monasterio en que vivo  
con la santa quimera y el esplín agresivo  
por su musgo y sus grietas me complacen al fin,  
tanto más cuando en ellas posa el vuelo de oro  
de las mórbidas plumas y del pico sonoro  
el tropel de bohemios del inmenso jardín.

Un murciélago errante me ha rozado con su ala.  
 Un lagarto imprevisto por las tejas resbala  
 y se queda en inmóvil actitud de escuchar...  
 Estoy solo conmigo, con mi eterno tormento!  
 Estoy solo conmigo, y el fatal pensamiento  
 en tantísima cosa que quisiera olvidar!

En la torre sollozan las vetustas campanas  
 con acentos que saben á leyendas lejanas...  
 Incitados por esta media luz conventual,  
 van al baile los grillos, y hasta alguna lechuza,  
 desgarrando la malla de los árboles cruza  
 con un vuelo confuso de visión espectral.

Roncos cínifes pasan sin cesar. No los veo,  
 pero es que ellos prolongan su cansado aleteo  
 y me llenan de angustia con su insomne rún-rún.  
 Ah, los cínifes! Siempre que golpean mi oído  
 me recuerdan á aquéllos que dejaron el nido,  
 á los pobres hermanos que lloramos aún!

Me obsesiona de lejos con su trémolo henchido  
 de nostalgias profundas, el profundo alarido  
 del estero que pasa por detrás del tapial.  
 Me entristece, y mis acres pesimismos desata  
 de filósofo humilde, la cerril serenata  
 de los sapos ventrílocuos en algún lodazal.

En el tronco de un árbol, como un viejo, sentado  
 hace rato que miro cómo vibra á mi lado  
 la tristeza de un día más atroz que el de ayer.  
 Hace rato que lucho con mi propio recuerdo  
 hace rato que á solas con mi sombra me pierdo  
 en las horas que huyeron para nunca volver.

Hace rato que á solas con mi sombra, deliro  
 y filósofo humilde, me estremezco y suspiro  
 por la paz de la infancia y el amor del hogar,  
 por los días lejanos que á evocar no me atrevo  
 y en que dentro de mi alma resonaban á nuevo  
 el rumor de las hojas y el estruendo del mar.

¿Qué se hicieron aquellas apacibles auroras?  
 ¿Qué se hicieron aquellas cabalgatas sonoras,  
 aquel júbilo eterno de la vida infantil?  
 ¿Qué se hicieron las charlas, y la risa, y el beso?  
 ¿Qué se hicieron las tardes en que, niño travieso,  
 timoniaba los cambios y desviaba el carril?

Y los días de asueto! Las alegres cimarras!  
 Los extraños helechos! Las sonoras chicharras!  
 Las carreras forzadas bajo el rayo del sol!

Los acechos al humo de la gran chimenea,  
y al caer de la tarde, con la baja marea,  
pujilatos furiosos por algún caracol!

¡Quién dijera que todo para siempre ha caído  
en la ruín telaraña de un versátil olvido!  
Oh, el sereno paisaje de la tierra natal!  
Oh, el camino del templo, del hogar y la escuela!  
Oh, la rada en que ansiaba navegar a la vela,  
oh, las rocas abruptas, y el inmenso arcael!

Y en un súbito instante, la pasión prematura,  
el anhelo imposible de imposible ternura,  
la mirada encendida y el extraño temblor ..  
El papel que se rompe... La emoción que se calla...  
Y el ensueño que vuela junto al beso que estalla,  
porque a un tiempo en dos almas ha nacido el amor.

Y hoy al verme aquí solo, sin amigos, al verme  
como un huérfano, triste; como un naufrago, inerme;  
sin amparo de madre, ni refugio de Dios,  
en el alma un cansancio y en la frente una arruga,  
pruebo el trágico goce de asistir a la fuga  
de los sueños que pasan, unos de otros en pos!

Siento en torno agitarse, removerse la vida...  
¿Qué me importa? Es, tan cierta como atroz la caída  
de la fe con que entonces emigré del hogar.  
Es tan viejo y tan fuerte como yo mi quebranto...  
Soy un pária en la vida! Y una ola de llanto  
se me sube á los ojos y me obliga á llorar.

Estoy solo conmigo! Taciturnos y huraños  
como cuervos hambrientos se me vienen los años  
y desgarran la carne de mis sueños en flor.  
Es en vano que evoque la infantil alegría  
de la edad en que lleno de piedad por María  
la cubría de ofrendas de inocencia y amor.

¡ Todo muerto! Dios mío! Ya no hay nada en mi vida,  
que repudio con asco, pues se arrastra perdida  
sin la fe de la infancia, ni el amor del hogar.  
Y me salta entre el llanto por la boca rehacia;  
—Dios te salve, María, llena eres de gracia...  
—Dios te salve, María, llena eres de gracia...  
Y me aprieto las sienes, sin poder continuar!

VÍCTOR DOMINGO SILVA.





## UNA SOLA SOMBRA LARGA.....

A e'la, la que turba la paz  
de mis noches; la que traicionó  
á mi corazón.

De codos en su desordenada mesa de trabajo, Ernesto meditaba leyendo el extraño nocturno de ese poeta colombiano que en el ansia suprema de saber las cosas eternamente vedadas, del más allá, libertó á su espíritu impaciente horadándose el pecho con una vulgar cápsula de acero.

La noche era fría; la lluvia hacía oír el monótono refrán del invierno tamboreando en los cristales, y en el patio empedrado un goterón que caía todos los años en el mismo sitio evocaba cosas pasadas, cosas trágicas.

Sobre el friso de piedra de la chimenea apagada fulguraban las pupilas brillantes de un gato negro, y más allá una calavera con algunos cabellos de mujer, sonreía mostrando una dentadura blanca bajo los abismos de las cuencas vacías y de la fosa nasal.....

Por los armarios veíanse, esparecidos sin orden, cronicones raídos, llenos de polvo, resquebrajados por el tiempo y por el uso. Y en antiguo mueble de roble, comido por la polilla y desvencijado, ostentábase una lechuza disecada con ojos de cristal, opacos..... ¡Tétrica era la estancia!

Tic... tic... tic..., hacía el goterón, que se balanceaba un segundo en la canal del tejado para caer sobre la piedra centenaria, ya horadada, del patio señorial.

Y tenía la persistencia implacable de los mecanismos de reloj ese ruido lamentable que marcaba las horas del invierno.

Tic... tic.....

El soñador pálido releía el nocturno temblando.

.....  
.....Como si un presentimiento de amarguras infinitas  
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,  
por la senda florecida que atraviesa la llanura  
caminabas;  
y la luna llena  
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca  
y tu sombra,  
fina y lánguida,  
y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectadas,  
sobre las arenas tristes  
de la senda se juntaban,  
y eran una,  
y eran una,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga.....

Y paseaba una mirada por la estancia el soñador; una mirada horrible, profunda; una mirada que no venía de este mundo y que ciertamente veía cosas del más allá..... Una mirada horrorosa que revelaba la obsesión infernal de que estaba poseído su espíritu!

Y es que en una noche de luna, al ambular por la carretera solitaria, á la hora en que los vivos duermen; en esa hora misteriosa en que el aire está poblado de espíritus y en que los árboles estiran sus negros brazos en las sombras, había sentido vagar á su alrededor el alma del poeta, el alma atormentada del suicida que salía envuelta en el vienteillo nocturno que va á mecer los álamos del Campo-santo.

La había sentido quejarse junto á él, rozar su ropa, y luego, la cosa extraña, pavorosa: *el alma del poeta había entrado en él* en una bocanada de aire helado, de cementerio, impregnado del aroma turbador de la mandrágora, esa flor de las tumbas cuyas raíces se enredan en las entrañas descompuestas de los muertos .....

Por eso tenía ahora la doble visión; padecía esa hiperestesia de los sentidos que iluminaba su alma con la visión clara del *Más allá*; ahora descifraba con claridad el misterio de los versos extraños:

y eran una,  
y eran una,  
y eran una sola sombra larga.....

.....

Ya conocía bien la sombra larga:

Era la sombra donde se juntaban en abrazos mortales los deseos imposibles; era la proyección de las cosas trágicas; donde se confundían los afanes locos: las quimeras de los poetas enamorados; las esperanzas vanas de los visionarios; las concepciones inauditas de los genios.

En la llanura colombiana la vió extenderse ante él, el dulce bardo, como el abrazo silencioso de dos almas. En una noche aciaga la vió el macabro Poe, soberano cantor de las cosas truculentas, proyectarse de un cuervo y en ella se confundió para siempre su espíritu fatal al són de la sentencia: *Nunca más.....!*

*La sombra* estaba en todas partes; era como el estigma del látigo de Dios sobre la tierra.....

Era la sombra larguísima de las almas atormentadas que bajaba verticalmente desde el madero del Gólgota para continuarse como una mancha de sangre negruzca por toda la superficie de la tierra.....

Toda la vida maravillosa del Nazareno, que entraba al mundo por una caballeriza y que derribaba templos y Dioses falsos con el soplo de su palabra mágica, debía acabar fatalmente en ese madero del Gólgota, que proyectaba sobre la tierra una sombra larga .....

Centuriones, plebe hebrea, romanos curiosos y tres maderos mancharon á la tierra con una sola sombra larga, imborrable, que iba á ser como la iniciación de una larga cadena de sombras de martirios.

—¡Ah!—La sombra larga..... La había visto siniestra en medio del anfiteatro romano cuando la locura de Calígula hacía convertir en antorchas macabras los cuerpos de los visionarios que se escondían bajo la tierra para recordar al manso Nazareno.

Y ya sin intermitencias la sombra negra manchaba á la tierra.....

Cervantes forjaba en un cadalso al inmortal caballero que retrataría el espíritu de todo un siglo, de toda una raza. Y en aquel lugar de la Mancha, al caer la

tarde, en el sitio en que apareció por primera vez su triste figura en lomos de Rocinante, brotó una sola sombra larga que se quebró en los montículos y fué á perderse allá léjos, donde las praderas se juntan con el cielo.

Todo su sueño de gloria, el sublime ideal altruista que alentara su pecho; su lanza, su rocín y su escudero, se proyectaron en el suelo en una sola sombra larga que ennegreció las campiñas.....

Y eran una,  
y eran una,  
y eran una sola sombra larga.....

¡Oh! ¡La sombra!

Estaba en la chimenea, en el armario, debajo del catre, en todas partes, y cuando llenaba cuartillas de papel perseguía á su pluma jugueteando ante su vista.

Una noche lo encontraron rígido y frío, de bruces sobre su mesa de trabajo, con el librito de José Asunción Silva entre las manos.

Ya descifraba el misterio en el mundo de las almas su espíritu atenazado por el *Mal del siglo*.

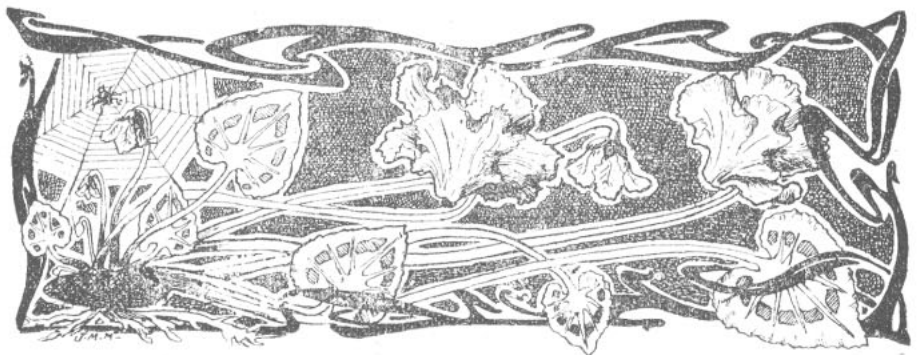
Pusieron su cuerpo en un lecho blanco; le encendieron cirios, y las luces mancharon su faz con sombras violentas; sobre todo, la sombra que proyectaba su gran nariz de caballete

era una,  
era una,  
era una sola sombra larga.....

Una mañana gris se llevaron sus despojos por la ancha avenida que lleva al Camposanto. El pueblo, desierto y silencioso, mostraba su adusta faz invernal. Los árboles desnudos se mecían al viento; una llevizna imperceptible mojaba los techos de las casas aún aletargadas en la modorra matinal. Algún gato curioso observaba desde las tejas el coche negro que pasaba balanceándose lentamente, precedido de los caballos negros y seguido por el cortejo negro que dejaba en los adoquines lustrosos una larga mancha, una sola sombra larga.....

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

*Santiago, 1912.*



## IMAGINARIA

Parece que la viera,  
En la playa mirando el océano,  
Brillantes sus pupilas  
Y su célico rostro sonrosado.

La luna que recama  
Con su argentina lumbre la ribera,  
Desde la altura santa  
Con pupila de virgen te contempla.

Parece que la viera,  
Así como en los sueños de mis noches  
Encanto y poesía  
Derramando en mis tribulaciones.

Parece que la viera  
Pensativa y sola por la playa,  
Mirando los destellos  
De los astros brillar sobre las aguas.

Y su vestido blanco,  
Resaltará en lo obscuro de la noche,  
Como resalta acaso,  
La esperanza al morir las ilusiones.

Después fascinadora,  
Por la ribera marcharás tranquila  
Y en tus ojos de diosa,  
Brillará la celeste poesía!

Y al marcharte, los astros  
Se ocultarán perdiéndose del cielo  
Y el mar enfurecido  
Querrá llevarte de la playa lejos.

Ese mar se asemeja,  
A mi corazón sin esperanza,  
En que lucha y se agita  
Y es en vano su esfuerzo y su batalla.

ANGEL CRUCHAGA S. M.

Junio de 1912.

## ✻ LOS ABUELOS LLORARON ✻

Era un cuarto grande con una sola puerta apegada á una de sus esquinas, y que daba al pequeño corredor. Entraba la luz por esa puerta y se detenía á detallar una especie de altar lamentable erigido sobre tosca mesa y formado por una gruesa urna de vidrio, dentro de la cual, oculto casi entre flores de papel y cintazos descoloridos, rodeados de cachivaches y figuritas de barro pintarrajeadas, un Crucifijo de pacotilla abría sus brazos rotos y echaba hacia atrás la afligida cabeza coronada de espinas sangrientas. Sobre la mesa, al pie de la urna, amarillaba una vela encendida, goteando chorros de sebo.

El resto de la habitación, por contraste con aquella onda luminosa, era sombrío; pero á poco de estar dentro, advertíase que la sombra se replegaba á los rincones y que en buena parte de la pieza flotaba una difusa claridad, que se posaba en los objetos como sutil polvo de luz.

Acurrucada en su silla baja, con voz llorosa, la viejecita preguntó al anciano: — ¿Crees que sanará?

Hizo el abuelo un gesto desesperado, pero en seguida, como si se operara en él una súbita reacción, alzó los ojos al cielo, y enjugándose fuertemente el sudor que le adhería el blanco cabello á las sienes, contestó con firmeza:

— ¡Dios ha de quererlo!

Era como si el destino se gozara en amargar aquellas vidas próximas á extinguirse. Con una crueldad que parecía humana por lo aguda, la suerte acumulaba dolores y angustias sobre esas almas ya casi desprendidas de la tierra, que tendían continuamente al cielo, con oscilaciones de llamas que se van.

No había transcurrido una quincena desde que hicieran el viaje al cementerio parroquial, tras el ataúd de la hija única, muerta después de una agonía desgarradora, una agonía con delirios insensatos y momentos de lucidez, que la moribunda empleó en sollozar y en despedirse de sus pequeños. Les parecía á los pobres viejos que acababan de apagar las velas que rodearon el miserable féretro de la Rosa. Aún creían sentir el olor á pavesa que quedó en el cuarto cerrado...

Y ahora... ¡Era mucho sufrir, Dios mío!

— ¿Tragó todo el aceite?

— Algo tragó. Pero el atoro no le pasa. He estado sobándole el pescuezo todo este rato, por ver si alivia...

Se quedaron mirando al suelo, silenciosos, como si soñaran.

Entonces en la quietud de la pieza, se oyó un extraño ruido que venía de fuera; un ruido semejante al roncar de un borracho.

Al oírlo, la anciana se removió en su asiento, exhaló un hondo suspiro y se levantó, oprimiéndose los riñones con los puños. El peso de su larga vida le había encorvado las espaldas; el llorar continuo casi concluyó por apagar la luz de sus ojos y los terribles golpes que la desgracia descargó sobre sus nervios la dejaron trémula para siempre como poseída por un temor constante.

Salió apoyada en el anciano, formando con él un grupo de desolación y de ternura.

\*  
\* \*  
\*

— Sana, mi pobrecita, sana, sana. ¿Qué será de nosotros si te mueres? Cierto que yo tuve la culpa... No debí darle de ese zapallo tan duro. Pero tú también me apurabas para que te lo diera... ¿mucho hambre tenías? Esto pasará... Así, así, mi linda...

Con una rodilla en tierra, el anciano sostenía sobre la otra la cabeza del animal, mientras con la mano libre le sobaba el pescuezo, á todo lo largo. Se inclina

ba á veces, para juntar su rostro con la cabeza de la cabra enferma y decirle palabras de cariño y de piedad. El animalito cerraba entonces los ojos y se estremecía, como si le doliera la aflicción de su amo.

Desde que la Rosa cayó enferma con aquella fiebre que le quemaba las entrañas, el hermoso animal, todo blanco, hizo las veces de nodriza de los pequeños. Una nodriza muy cariñosa y muy buena, siempre lista, siempre dispuesta á saciar el hambre y la sed de las criaturas sin exigir nunca nada, sin rezongar jamás, sin imponer su voluntad á nadie. Dócilmente entregaba su leche sabrosa y abundante en cambio de un puñado de mondaduras y de algunas caricias. Había llegado á ser un miembro de la familia, el más querido de todos, acaso por ser el más útil.

Y ahora... ¡Qué desgracia aquella!

La respiración del animal se hacía por momentos más difícil. Era un resollar angustioso, lleno de opresiones y hervores, como el extertor de un moribundo. La mano del viejo pugnaba por arrastrar aquel trozo de zapallo endurecido, que se había incrustado en el gznate de la cabra, pero todo era inútil. El objeto permanecía fijo, interceptando la respiración, y el extertor del animal continuaba siempre, siempre, con una insistencia que causaba exasperación.

La mano del viejo, una mano descarnada, salpicada de manchas, surcada por el serpenteo de las hinchidas venas, seguía sobando torpemente la piel blanca --Sana, sana, mi pobrecita...

Un desfallecimiento infinito invadía el cuerpo de la bestia. Sus patas nerviosas y bruscas como resortes de acero, se doblaban ahora flojamente, en un gran desmayo. Se le enturbiaba el afiligranado cristal de las pupilas, entreabríasele el hocico sonrosado dejando asomar la lengua y el vientre no cesaba de subir y bajar, movido por la afanosa respiración.

—Esto pasará, mi linda...

\*  
\* \*

No pasaba, sin embargo.

Durante una hora, antes de acostarse, los ancianos se quedaron contemplando á la cabra, que roncaba siempre, ya sin abrir los ojos. Le habían arreglado un lecho de paja en el rincón del pequeño corredor, junto á la puerta. A la luz del candil, que oscilaba movida por la brisa nocturna haciendo danzar las sombras, permanecieron con los ojos fijos en el animal enfermo, sin hablar, rogando á Dios tal vez, acaso pidiéndole que no les arrebatara ese sér querido.

Al fin se incorporó el viejo, se acercó á la cabra, le hizo una caricia y cogiendo el candil entró á la pieza. La anciana lo siguió, suspirando. Volvió á asomarse él y miró de nuevo al rincón. Echada en redondo, reunidas las patas en un ramo, la cabra tocaba el suelo con el hocico, en la actitud de una persona que se duerme sentada, esperando algo que no llega.

Su roncar seguía, interminablemente.

Cerró el abuelo la puerta y después de observar el sueño apacible de los niños, se acostaron.

Cuando quedó la pieza á oscuras, la abuela preguntó débilmente:

—¿Crees que sanará?

Al cabo de un instante contestó el anciano:

—Así lo quiera Dios...

Rezaron con fervor, en un cuchicheo angustioso, interrumpido á ratos por alguna exclamación incontentida, por algún ¡Dios mío! escapado de lo más hondo del alma. Y de pronto callaron.

En el silencio de la habitación surgió distintamente el extertor del animal enfermo.

¡La horrible noche!

Jamás el sufrimiento se había revestido para ellos de una forma tan cruel. Aquella agonía muerta, dificultosa, que no acababa, desgarrábales el corazón.

—¿Oyes?

Y aunque el oído del viejo era un poco tardo y apenas percibía los ruidos bajos, contestaba él que «sí», porque el ronquido ese lo tenía en la cabeza, en el pecho, en todas partes, y su eco no lo abandonaba un momento.

—¿Oyes?

Aquello duró toda la noche. Fué imposible dormir. Tres veces cantaron los gallos, nueve veces sonó la campana de la distante iglesia dando las horas.

Permanecían de espaldas á ratos, á ratos semi-erguidos, con los ojos abiertos en la obscuridad y era como si por los ojos se les entrara al alma toda la negrura de la noche.

Por fin, en las junturas de la puerta aparecieron filtraciones de luz azulada, al mismo tiempo que en el patio rumoreaban aleteos y cantos de pájaros. Era el amanecer.

—Juan... Anda á verla, ¿quiéres?

No deseaba él otra cosa desde hacía mucho tiempo, pero no se atrevía á moverse, por no hacer ruido.

Tosiendo, quejándose, se levantó y fué á ver.

Volvió al cabo de un instante, con los brazos colgando y sacudido por los sollozos.

—Muerta la pobrecita... muerta... muerta...

Se abrazaron los buenos viejos y lloraron su pena amargamente, sin gritos ni lamentaciones, con ese largo llorar de los ancianos, que es todo lágrimas.

Lloraron como nunca habían llorado, con un desconsuelo infinito. Lloraron en la penumbra de la pieza y luego á plena luz, ante el cuerpo rígido de aquel sér manso y generoso, que ahora más que nunca representaba para ellos la bondad, la verdadera bondad, sin egoísmos ni miserias, toda dulzura, toda desinterés, toda sacrificio.

Lloraron, lloraron los abuelos como sólo lloran los pobres cuando se les ha muerto su protector...

M. MAGALLANES MOURE.



## LA ROMANZA DE LOS BESOS

(Para Alejandro Méndez G. de la H.)

### I

Era la hora del crepúsculo. El sol se hundía majestuosamente detrás de las montañas y empezaba á caer sobre la tierra esa melancólica sombra de semi-obscuridad que á medida que avanza va penetrando también en nuestra alma y nos llena de tristezas y de dolorosos pensamientos.

La luna aparecía apenas detrás de una nube blanca semejanado la cara de una tísica que se asoma entre las sábanas de su lecho. Brillaba una que otra estrella.

Era la hora del amor. La naturaleza con esos ruidos sordos de la tarde gemía y suspiraba de pasión; parecía que de su seno brotaban unas como emanaciones cálidas y la tierra empezó á dormirse revolviéndose en los brazos de la noche. Era esa hora en que los seres queridos separados por la ausencia empiezan á llorar, cuando se buscan sus espíritus en el aire y se envían besos del alma que el viento

les transporta en sus sendales invisibles. Cuando otras almas hermanas se internan en los bosques buscando la soledad bajo el follaje sombrío para rendirse el culto de adoración que como todo culto prefiere el silencio y el misterio: adora sus ídolos en la soledad.

Era la hora del amor.

Roberto y Elena acababan de jurarse amor eterno. El salón de la casa de Elena se encontraba envuelto en la semi-obscuridad crepuscular. Los jóvenes amantes sentados en el sofá, las manos del uno en las del otro, se devoraban con la mirada. Por la ventana entre-abierta penetraba la brisa sacudiendo las cortinas y esparciendo por el salón el olor de las flores del jardín. A lo lejos se escuchaba una música dulce y lánguida cuyas notas se diluían en el ambiente como los trinos de un pájaro. Esa música tenía algo de llanto, de pasión, de ruego, de sollozo. Parecía el canto del amor, el himno del alma enamorada.

Los dos jóvenes seguían mirándose y sus ojos brillaban de pasión como dos luciérnagas brillan en la sombra. De pronto Roberto se acercó más á Elena, su corazón latía con gran violencia, y él temblaba como la rama de árbol cuando un ave toma en ella el impulso de su vuelo. Su respiración era fatigosa. Cerró los ojos y sus labios se posaron sobre los de Elena y estalló un beso, un beso dulce, suave. Era el primero, el de inolvidable memoria que fué seguido de otros llenos de amor y de ternura.

La música lejana, vaga, llena de dormidas nostalgias, seguía en sus acordes temblorosos y se encontraba en el ambiente con la música lánguida de los besos.

Elena preguntó á Roberto con voz débil desfallecida por la emoción: ¿sabes cómo se llama esa pieza?

Sí, respondió Roberto: La Romanza de los Besos.

Elena sonrió ligeramente, dejando caer su cabeza en el hombro de aquel sér idolatrado y mirándole con ojos de adivinación.

El añadió: si así no se llamaba, nosotros la bautizamos con ese nombre.

## II

Mucho tiempo ha pasado....

Elena es ya la esposa de Roberto y habitan en aquella misma casa testigo de sus amores. Para ellos los años han sido días, las horas minutos.

Es como entonces la hora del crepúsculo. La hora del amor. Mas el cuadro que ahora se nos presenta ¡cuán distinto es de aquel otro! Roberto yace en su cama moribundo, pálido, descolorido, como un lirio de cera, ve acercarse la muerte con paso rápido. Arrodillada á los piés de su cama Elena, esconde la cabeza entre las ropas para ahogar sus sollozos. Junto al enfermo un sacerdote le presta los últimos auxilios de la religión, le ayuda á bien morir. Más allá medio tendida en un sofá la madre de Roberto reza con voz desesperada entrecortada por el llanto, los padrenuestros del camarero. La madre de Elena va y viene por la pieza sin saber qué hacer con honda angustia pintada en el rostro. El sacristán de rodillas en el medio de la pieza, acaso impresionado por el triste cuadro, baja la vista. Todo es silencio, todo es quietud, todo es calma. Esa calma insoportable de los grandes momentos de la vida. Ese silencio desesperante que reina cuando se abre una tumba ante nosotros. Esos últimos instantes terribles cuando todos callan y sólo se escucha el estertor de la agonía, cuando todos bajan la cabeza respetuosos ante la muerte que se acerca y sólo el que va á morir la conserva erguida. Repentinamente se escucha á lo lejos una música dulce y lánguida. Una música con algo de llanto, de pasión, de ruego, de sollozo. Parece una elegía, un canto fúnebre, un miserere. Roberto se mueve débilmente, sonríe, sus ojos apagados se reaniman, busca con la vista á Elena, que también se ha erguido



y que le mira con cierta inconciencia de idiota que recuerda algo, que siente pasar un rayo de luz entre la nébula espesa y eterna de su cerebro. Por las mejillas desencajadas del enfermo rodó una lágrima! Era la Romanza de los Besos cuyas notas se perdían ondulando en la distancia.

Roberto entonces reanimándose dijo á su desesperada esposa con voz muy apagada, algo así como un último susurro del viento de la noche: Elena... mía... oyes... sol...mío...fiel.

Sí, sí, siempre, fué la respuesta de Elena que rompió á llorar con verdadera desesperación.

El moribundo dibujó una sonrisa en sus labios, una sonrisa amable y cariñosa, la última, la eterna, la sonrisa con la cual lo enterrarían, aquella que los gusanos, los implacables enemigos del hombre, convertirán en una horrible mueca.

### III

Es la tarde. Es la hora del amor. Hace cinco años que Roberto duerme en una tumba silenciosa y fría, oculto bajo una lápida de mármol. ¿Y Elena? ¿qué es de la pobre Elena? Miradla, allí está. En el mismo salón, testigo de sus amores de soltera y de casada, testigo de sus lágrimas de viuda. Todo igual que antes. Los seres humanos pasan pero las cosas quedan. Se borran las figuras de los cuadros, pero quedan los marcos.

Allí está Elena, la alma huérfana, sentada en aquel mismo sofá donde se jurara amor eterno con Roberto.

Pero hay un hombre junto á ella. ¿Quién es? Dios mío, ¿cómo es posible?.. Y él le habla de amor... y ella no se indigna. Y le dice que la adora, que ya no puede vivir sin ella, que cuando no la ve en el día, no duerme en la noche. Y se toman las manos y se miran con ojos apasionados.

El viento del jardín mueve las cortinas de la ventana y entra un olor á primavera, un olor de tierra mojada, un olor de azahares. Acaso en aquellos momentos el espíritu de Roberto flota desesperado junto á ellos y quiere separarlos, despedazarlos. Acaso quiere ahogar en la garganta de Elena el juramento de amor que sus labios están próximos á sellar para siempre.

Elena, Elena mía; júrame amor eterno, le dice aquel hombre abominable. Dáme la vida, Elena, si no quieres que huya lejos, muy lejos á sepultarme en el olvido.

Elena clava en él sus ojos, esos ojos profundos de mujer enamorada y deja caer su cabeza en el hombro de Eduardo. Este acercó sus labios y la besó en la frente. De pronto llega de lejos una música triste, como el sollozo de una alma que vaga en el espacio. Una música lánguida de llanto, de pasión, de ruego que se deshojaba en el aire como una rosa de cristal. Era la romanza de los besos cuyas notas como lágrimas se alejaban, se perdían, se esfumaban en el silencio de la noche.

Elena, desprendiéndose de los brazos de aquel hombre, que la mira estupefacto, se incorporó bruscamente. Sus ojos tenían un fulgor extraño, algo así como si del fondo de su memoria se levantara un recuerdo. Estaba allí de pie, inmóvil, pálida, desencajada, con los ojos saltados como loca y el cabello desordenado. De pronto su mirada fijóse en el retrato de su difunto esposo, clavado allí en la pared mudo testigo de aquella escena, su rostro siempre dulce, apacible, pero sus ojos parecían más severos que nunca.

Elena dió un ¡ay! desgarrador y corrió á postrarse ante aquel retrato, gritando desesperada entre sus gemidos:

¡Perdón Roberto mío! ¡Perdón! ¡Perdón!

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.



# RAUL

Para Francisco Contreras.

—¿Vas á salir, Raul?

—Sí, mamá. Voy á dar una vuelta.

—No vayas. Te puede pasar algo; anda tanta gente hoy, víspera de Año Nuevo. Esperemos las doce en casa, todos juntos.

El joven, bajo, enjuto, de unos diez y ocho años de edad, de ojos soñadores, volvió á chupar el cigarrillo ordinario que mantenía entre los labios temblorosos y pálidos, se quedó un momento abstraído, como meditando, se alisó el pelo cuidadosamente y tomó asiento en el sofá del vestíbulo estrecho, rodeado de grandes ventanales, á través de cuyos vidrios se veía la luna rielar plácida y bondadosa por el cielo azul, dulcemente triste.

—¡Quién sabe!—dijo después el joven, poniéndose de pie con un movimiento nervioso.—Tal vez no alcance á estar aquí á las doce...

—¿Tal vez? Pero haz lo posible. Todos los otros van á estar, y á tu papá le gusta tanto darles este abrazo de Año Nuevo! El cree en que estas felicidades se prolongan. Es su superstición.

Las palabras de la buena señora languidecían entre las paredes del vestíbulo con un acento extraño, algo melancólico, un poco suplicante. Mientras en el alma del joven, cayendo como una lluvia de angustia, producían un efecto de extraordinaria tristeza, de una pesadez mortal y fastidiosa que le estrechaba la garganta, le ponía un sabor de ceniza en los labios y le oprimía el corazón.

Y de pie, aspirando el humo de su cigarrillo grueso y tosco, con el ceño arrugado, con una amarga mueca de pesar en la boca, Raul se entregó por un momento á sus divagaciones sombrías, dando vuelo á su imaginación loca, un poco enferma, que tantas veces lo llevaba hasta forjarse las ideas más tétricas, más atormentadoras.

...¿Iban á estar todos los otros? Bueno, pero los otros no estaban enfermos de tristeza y aún podían reír un poco y abrazarse, deseándose mutuamente miles de felicidades para el año que empezaba. El nó. El no tenía valor para hablar, para reírse, para hacer alegres carcajadas, para forzar los sentimientos de su alma, para poner una máscara de gozo hipócrita sobre su rostro, sobre el tedio de su corazón, sobre la inquietud acre y dolorosa de su espíritu... Y, además, él no creía en esas cosas. El destino es un burlador terrible, que no hace pizca de caso de los buenos deseos de los hombres. En todas las épocas del Año Nuevo ¿hay alguien que, al abrazar á cualquiera, no le desee muchas felicidades, mucho bien, mucha alegría, para el año que va á pasar? Y por eso ¿acaso son menos infelices los hombres? acaso hay menos tristezas? menos enfermedades? menos muertes? menos muertes... ¡Qué tontería!

—¡Qué tontería!—exclamó el joven en voz alta, impelido por ese fenómeno psicológico vulgar que, en la fiebre de ciertas meditaciones, nos induce á exteriorizar impensadamente las ideas que nos hieren con más fuerza, con mayor vehemencia.

—¿Qué dices?—le interrogó su madre.

—Nada, que me voy. Hasta luego, es decir, hasta este otro año!

Se puso el sombrero, cojió el bastón con aire displicente, encendió otro cigarrillo y, canturreando á media voz unos versos que él mismo había compuesto, bajó, perezoso y sin ganas, los desnudos tramos de la escalera.

El golpe que, al cerrarse, hizo la puerta de calle, fué como otro golpe asestado en el corazón de la buena madre...

\*  
\* \*

...¿Qué salía á hacer al pueblo, desparramándose locamente por las anchas arterias de la ciudad? Qué buscaba? A dónde iba? Qué pensamiento guiaba á esos grupos de hombres y mujeres, á esos grupos ruidosos, que iban aglomerándose por las calles, por los paseos, por las plazas públicas? Esos racimos de curiosos estacionados, extáticos delante de las vidrieras cabrilleantes de las casas comerciales ¿qué querían? Por que otro año se agregaba á la incansable romería del tiempo, ¿había motivo suficiente para tanto ruido? Ah, sí, de sobra! Las masas populares, el pueblo, buscaban su minuto de olvido, su minuto de dicha, su minuto de expansión franca, alegre, charlotera. Los que sufren, también necesitan reír, aunque sea con farsa risa! Y él, Raul, que tenía el alma como una flor enferma, como una pobre flor de tedio, y que se aburría mortalmente, él, también necesitaba, como el pueblo, como los humildes, buscar su tesoro, es decir, su minuto de olvido!

Por eso cuando su madre, pretextando una razón baladí, le dijo que se quedara, que no saliera, le había sido punto menos que imposible acceder á la voz suplicante. ¿Qué quería para él? Reteniéndolo en la casa, apartado y solo, ¿acaso pensaba en la esperanza de un consuelo? Ella, su madre, no pensaba que en el recogimiento y la sombría quietud de la casa, respirando ese aroma penetrante y cálido de los hogares, tal vez se avivaría más su sensibilidad, se volvería más sutil su recuerdo? ¿Pensaría eso? ¿Crearía eso? ¡Quién sabe! Pero él sentía la necesidad de respirar libremente, afuera, por las calles, y de salir tras esa búsqueda incansable de la felicidad, del olvido, á la cual se dirigían, ávidos y ansiosos, todos los demás hombres. Desde el fondo de su sér, fluyendo como una onda que avasalla, nacía, poco á poco, algo que lo empujaba tal que si lo quisiera llevar muy lejos, hacia un lugar impreciso, lejano... para olvidar, olvidar!

Y, en realidad, Raul, olvidado de todo, como un sonámbulo, atravesó las calles atestadas de gente, de esa muchedumbre característica de nuestra ciudad principal, que se apreta, que se desborda como un torbellino, con sus trajes pintorescos y sus elegancias chillonas, y que parece ir, que va realmente, á la tumultuosa expectativa de algo que llene su curiosidad enorme, su avidez de sorpresas, su fibrosa avidez de escenas imprevistas...

Chiquillos harapientos y ninitos bien vestidos, mujeres jóvenes y bonitas, muchachas humildes, señoras toscas y gruesas, hombres de toda clase, caballeros muy correctos, jóvenes elegantes, pilluelos, tipos mal ajustados,—toda una mezcla social desarreglada y ondeadora,—pasaban por su lado, unas veces gritando, otras conversando ruidosamente y hasta groseramente. Era la ciudad que celebraba la venida del nuevo año!

—¡Imbéciles!— dijo el joven, hablando consigo mismo. en voz baja, y siempre apretando entre sus labios casi lívidos el cigarrillo ordinario cuyas volutas de humo opaco, diluyéndose en la atmósfera, figuraban mil líneas caprichosas.—Todo ese tumulto de mal tono, que olía á pueblo y á burguesía repleta, le fastidiaba de una manera incalculable.

A ratos se quedaba de pie, con la mirada fija en la turba, contemplando á los paseantes. Entonces, el amargo rictus de sus labios finjía una sonrisa, una especie de complacencia burlona é irónica.

De repente, excitado, nervioso, sin darse cuenta cabal de lo que le pasaba, se echó á andar, á vagar, á vagar, envuelto entre las oleadas de la concurrencia, arrastrado por aquel mar humano marcante, ensordecedor, confuso...

\*  
\* \*

—Las doce!... ¡Año Nuevo!... Están todos? estamos todos? Vengan, abránceme, abráncense todos! Feliz año, feliz año...—decía, emocionado, el buen padre á

toda la familia, y retenía entre sus brazos largos y huesudos á la esposa, á los hijos, á ese pequeño grupo que formaba su hogar, el centro de todas sus afecciones.

—¿Y Raul?—exclamó de improviso, clavando sus ojos por entre los que le rodeaban, como si tratara de descubrir á toda costa al hijo ausente.—¿Y Raul? que no ha llegado Raul?

Hubo un silencio angustioso.

La madre, supirando profundamente, dijo muy quedo, casi con un murmullo de secreto, á su marido:

—Raul... no ha venido... no ha llegado. Cuando salió, después de comer, estaba muy triste... Ya sabes, esa muchacha... ¡Pobre Raul!...

—Yo, qué sé!—respondió el padre con un suspiro áspero, levantando los hombros.

En seguida, dignamente, la señora se desprendió de los ya flojos brazos de su esposo, y triste, casi abatida, con una honda arruga en la frente, se fué á sentar en el sofá del vestíbulo.

Los hijos, un poco esquivos, charlaban en voz alta, formando grupos de á dos, riendo, embromandó, llenos de buen humor.

Luego, el padre los volvió á reunir á todos, los besó en la cara, tierno y amoroso, les deslizó á los más pequeños, unas cuantas monedas, y les dijo, temblándole la voz: —¡Buenas noches!...

Media hora más tarde, la sombra y el silencio, como dos velos suaves, invadían toda la casa. El hogar reposaba. Pero había una tristeza oculta en el ambiente...

\*  
\* \*

A las 2 de la mañana, Raul, sin lograr sacudir el tedio letal que le atenaceaba el corazón, después de haber recorrido, entre el bullicio popular, gran parte de la ciudad, subía pesadamente, uno á uno, los viejos tramos de la escalera de su casa.

—¡Qué cosa tan horrible! pensaba. Qué cosa tan tremenda!... ¡Yo que siempre me creí un hombre fuerte, de ánimo incontrastable, sereno, já, já!... (—¡Y había un despecho en su risa!—) Pero ¡Diablos! también había de llegarme el famoso *cuarto de hora*: El famoso cuarto de hora, repitió el joven sonriendo con cansancio, mi cuarto de hora de enamorado... Permaneció un momento sin pensar en nada. Luego, como siguiendo el hilo tenaz de una idea atormentadora:—...sí, cuando hace tiempo, la niña rubia, la pobre niña, me dijo:—«no, debo ser franca, no te puedo querer así, no te puedo amar, no puedo pensar en tí como en mi ayuda, en mi defensa. Déjame, olvídame, retírate; pero no sufras, no sufras... ¡Hay tantas otras!»; cuando me lo dijo, con esa ternura incomprensible, casi religiosa, que envolvía el acento de cristal de su palabra fresca, pura, fascinadora, sentí una pena muy negra, una sensación de garra que me destrozara adentro, muy adentro, sin piedad. Desde entonces, qué tedio, qué amargura, qué cosa inexplicable!... Pero, ¿me comprende alguien? tal vez mi madre? ¡No sé! Y esto es más horrible...

Y así, gesticulando, hablando sus ideas, deteniéndose largos ratos apoyado en su bastón, siguió hundiendo su imaginación en los pensamientos oscuros, porque los diez y ocho años de edad del joven no le permitían comprender que su mal no era tan desesperado, que sólo sufría una de esas crisis juveniles de sentimiento que, en la flor de la vida, se borran con el tiempo, se curan con el tiempo, que tiene, para los corazones jóvenes, lo mismo que para la verdura que se agosta en los campos, todos los bálsamos de las primaveras

...Llegó á su cuarto. La pieza pequeña, alta, aireada, le produjo un efecto de bienestar; fué como si una honda de pureza le besara el espíritu. Sobre la mesa de noche, encima de sus libros favoritos estaba la vela, que encendió. A la luz, la sombra del lecho sobre el papel rojo de la estancia, producía una agradable com-

binación de colores suaves semi-apagados. El ambiente del hogar, benéfico y saludable, le hacía revivir horas olvidadas, horas lejanas de placidez infinita.

—Será que olvido, pensó, que me regenero?

Entonces se apoderó de él una determinación súbita. Quería creer en las felicidades que se deseaban los hombres al comenzar otro año, otra pequeña jornada de la vida. Y, casi como un inconsciente, se dirigió á la pieza de sus padres. Abrió la puerta con cuidado: De afuera entró la claridad tenue de la luna, invadiendo las camas.

—¡Feliz año!, murmuró el joven con voz apenas perceptible. Su madre se incorporó en el lecho y le respondió:—que seas feliz! Entre sueños, el padre profirió una frase ruda, ahogada.

—¿Por qué no viniste? has pasado bien? á dónde has ido?—interrogó la madre cariñosamente.

Raul se sentó en el borde del lecho. Entre sus manos comenzó á deshilar las frazadas, á arrugar los cobertores. Y, serenándose, contó que había ido por ahí, entre la turba, buscando olvido, alegría, distracciones. Dijo que la bulla del Año Nuevo era una solemne tontería, una imbecilidad. Que en esa fiesta colectiva y popular los espíritus más cultos no podían buscar distracciones, y que, finalmente, él, Raul, se aburría sin remedio...

Calló el joven, pesaroso. La buena señora lo miraba con una piedad muy grande en los ojos, mimándole con la vista.

Después de cortos segundos, Raul se levantó suspirando, abrazó á su madre en silencio, mudamente, y, en seguida, retirándose, «buenas noches», dijo, «feliz año, feliz año»...

Y entonces, cuando el joven desapareció, el último rayo de luna que interceptó la puerta, al cerrarse, iluminó dos lágrimas de piedad que florecieron en las pupilas de la madre!...

JORGE E. SILVA S.

*Santiago, Enero 3 de 1912.*



## Los rumores de la tarde

(Inspirada en una página de Valle Inclán)

Rumores de la tarde  
Rumores de misterio,  
Yo entiendo vuestras penas,  
Yo sé vuestros secretos.

Es la paz de la tarde,  
Cuando todo se pierde en el silencio,  
Y en música sabrosa  
Se esparcen los rumores.  
Es la hora blanca en que las almas sueñan  
Poemas de ternura:  
Allá en lo alto del viejo campanario  
Ha sonado una voz:  
Eterna compañera de la tarde,  
Es la voz de la campana,  
Esa voz dolorosa que sigue nuestros pasos  
Al través de la vida,



Dejandø en cada pecho,  
Un eco de plegaria.

El viento ha pasado murmurando entre las hojas,  
Y ha llorado entre ellas largamente  
Con voces ignoradas.  
Voces de sombras y melancolías,  
Rumores de tristeza y desencanto,  
Como el extraño corazón del hombre:  
Como él parecen ellos solitarios,  
Como él arrancan lágrimas  
Y llevan al dolor.

Por eso cuando vienen á la tierra  
El corazón del hombre que es su hermano  
Derrama ardientes lágrimas por ellos:  
Por ellos que son solos,  
Por ellos que hablan cosas tan extrañas,  
Que vierten su perfume misterioso  
En el jardín sombrío de las almas.

Rumores de la tarde,  
Rumores de misterio,  
Yo entiendo vuestras penas,  
Yo sé vuestros secretos.

Cuando he visto como una niña hermosa,  
Toda blanca y pálida,  
Al través de los sauces  
La amiga de la noche,  
Y he sentido sus rayos  
En el fondo de mi alma  
Como el mirar sereno  
De la virgen que amo:  
Cuando he visto morir tan dulcemente  
Las apacibles tardes,  
Y me ha contado el viento  
Sus rumores tan suaves,  
He creído las notas de sus cantos  
Estrofas de un poema,  
Y una endecha de amor cada armonía  
Que plañían sus cuerdas.

Por eso os amo rumores de la tarde,  
Rumores de recuerdos y lejanías:  
Por eso cuando plañen tan tiernamente,  
Entre las cañas tus viejas armonías,  
Yo siento ardiente la sangre de mis venas,  
Y brotan lágrimas de mi corazón,  
Y vienen á mi alma todas las tristezas,  
Y sufro cual vosotros con inmenso dolor.

LUIS VARGAS BELLO.

## ✻ EL ARCA ✻



(Traducido especialmente para MUSA JOVEN)

Apenas oyó el ruido de las muletas, Lucas, abrió los ojos muy grandes, temerosos y ardientes y los fijó en la puerta en cuyos umbrales debía aparecer su hermano. Su rostro adelgazado por el padecimiento, devorado por la fiebre, salpicado de ronchas rojizas, se endureció repentinamente hasta el furor.

«Arrójalo! arrójalo! Yo no quiero verlo. ¿Entiendes? ¡Yo no quiero verlo, nunca, jamás! ¿Entiendes?»

Las palabras se atropellaban en su garganta. Sofocado por un acceso de tos, apretó nerviosamente las manos de su madre, su camisa se entreabría á cada esfuerzo, palpitando sobre su pecho. Su boca inflamada y la costra que cubría su barba sangraba á cada esfuerzo.

Trataba su madre de apaciguarlo: «Nó, nó, hijo mío, si no lo verás más. Yo no haré sino lo que tú quieras. Lo arrojaré, lo arrojaré. La casa es tuya, toda tuya ¿entiendes?»

Lucas le tosía en el rostro. «Ya, pero ya, pronto», repetía con feroz insistencia incorporándose en la cama y empujando hacia la puerta á su madre. «Sí, hijo mío, ya pronto».

Daniel apareció en el umbral sosteniéndose en sus muletas. Era un sér de miseria, de cabeza tosca é inclinada. Tenía tan rubios los cabellos que casi llegaban á ser blancos. Tan dulces eran sus ojos como los de un cordero, azules bajo las pestañas claras.

Entró sin decir nada; paralítico, estaba privado de la palabra. Pero vió los ojos del enfermo, enterrados en él con cruel energía; y se contuvo en medio del cuarto apoyado en sus muletas, irresoluto, no atreviéndose á dar un paso. Su pierna derecha encogida y torcida temblaba visiblemente.

«¿Qué viene á hacer aquí este inválido? Arrójalo! Yo quiero que tú lo eches. ¿Entiendes?»

Daniel comprendió y miró á su madrastra que se paraba. Aquella mirada fué con ojos tan tristes y suplicantes que no tuvo corazón para violentarlo. Y entonces colocando bajo el brazo una de las muletas, señaló con la mano libre y con un gesto de suprema desesperación el arca colocada en un rincón, mirándola con ojos hambrientos que querían decir: «Tengo hambre».

«Nó; no le des nada! gritaba Lucas agitando en su cama, tratando de imponer á la mujer su capricho cargado de odio. ¡Nada! Arrójalo fuera!»

Daniel había inclinado su pobre cabezota sobre el pecho; temblaba, y las lágrimas rodaban! rodaban! y cuando la madrastra puso la mano sobre su espalda y lo empujó hacia la puerta, estalló en sollozos pero no hizo nada, se dejó conducir. Oyó después cerrar la puerta y se quedó allí, llorando, en sollozos violentos y continuados.

Lucas dijo á su madre con un gesto furioso: «¿Lo oyes? Lo hace expresamente á fin de que yo me agrave».

El sollozo del hermano se prolongaba á veces entrecortado por un gruñido extraño, triste como el ronquido de un animal que va á morir.

«Pero, oye pues! Pronto! arrójalo escala abajo!»

De un salto se puso de pie la mujer, corrió hacia la puerta y levantó sobre el mudo sus manos rudas habituadas á golpear y á estrujar.

Lúcas, sosteniéndose sobre los codos repetía: «¡Más! ¡más!»

Bajo los golpes se calló Daniel, descendió á la calle conteniendo el llanto. Estaba hambriento; dos días hacía que no probaba bocado y ya no tenía fuerza ni para sostener las muletas.

Una partida de chiquillos pasaban corriendo tras un volantín que se elevaba á la altura de sus cabezas: al verlo lo empujaron gritándole: «¡Eh, inválido!» Otros lo palmoteaban: «Anda! en marcha corredor!» Otros aludiendo á su cabeza le preguntaban por burla: «¿A cuánto la libra de cerebro? ¡eh, inválido!»

Otro más cruel que los demás le arrojó al suelo una de las muletas y emprendió la fuga. El mudo estuvo á punto de caer, penosamente la recogió y continuó su camino.

La gritería y las risas se perdieron del lado del río. El volantín semejante á un pájaro fantástico de países fabulosos, subía, subía en un cielo rosado y suave. En el cuartel bandas de soldados cantaban en coro. Era la bella estación después de la fiesta de Pascua.

El hambre de Daniel le mordía las entrañas y se dijo: «Pediré limosna!»

El horno del panadero embalsamaba la brisa primaveral del olor bueno á pan fresco. Pasó un hombre vestido de blanco llevando sobre la cabeza un tablero lleno de hileras de pan humeante aún. Dos perros lo seguían olfateando el rastro y moviendo la cola.

Daniel creyó que iba á desfallecer de inanición y se dijo: «Necesito pedir limosna; de otro modo me muero de hambre».

Caía lentamente el crepúsculo. El cielo diáfano se veía sembrado de volantines que ya se mecían ó bajaban hacia tierra. Las campanas esparcían en la atmósfera un murmullo profundo y continuo.

Daniel se dijo: «Me pondré en la puerta de la Iglesia».

Y se arrastró hasta el pórtico. La iglesia estaba abierta, entró. Al fondo se alzaba el altar iluminado de temblorosas llamitas, parecía una constelación. Por la puerta salía el perfume tenue del incienso y del benjuí. Por momento el órgano, arrojaba raudales de sonidos. Nuevas lágrimas velaban los ojos de Daniel y en su corazón rezaba esta oración con fervor: «¡Oh mi Señor, oh mi Dios, venid en mi auxilio!»

Vibraron como instrumentos musicales las pilastras al son de los acordes del órgano y rompió en notas claras. Subió la voz de los cantores. Devotos y devotas entraban de dos en dos, de tres en tres por la única puerta y Daniel no se atrevió á estirar la mano.

Cerca de él gemía un mendigo: «La caridad, por amor de Dios!»

Y entonces el mudo tuvo vergüenza.

Vió entrar en la iglesia á su madrastra, muy emperifollada, cubierta con su manto negro y pensó: «Si aprovechara este momento para ir á la casa mientras mi madrastra ha salido».

Tan imperiosa era la tortura del hambre que no escuchó más. Volaba en sus muletas en persecución de un pedazo de pan. A la pasada le gritó riendo una mujercilla: «¿Te has propuesto ganar el gran premio? ¡eh, inválido!»

En una pestañada llegó á la casa asesando, palpitante. Subió las gradas sin hacer ruido, con precauciones extraordinarias. A tientas buscó la llave en una rotura del muro donde su madrastra la solía esconder cuando salía; la encontró y antes de abrir miró por el ojo de la cerradura. Lúcas acostado en su cama parecía dormir.

Daniel pensó: «Si pudiera sacar el pan sin despertarlo».

Y comenzó á dar vueltas suavemente la llave, conteniendo la respiración de



miedo de despertar á su hermano con los latidos del corazón. Y sus latidos le parecía que llenaban la casa de una bulla ensordecedora.

«Y si despierta?» pensó Daniel mientras un escalofrío le recorría los huesos, al sentir abrirse la puerta.

Pero el hambre le dió audacia. Entró afirmando apenas las muletas, con toda precaución sin retirar los ojos de su hermano.

«¿Y si despierta?»

El hermano yacía de espaldas respirando con dificultad. De tiempo en tiempo escapaba de sus labios un ligero silbido. La única vela proyectaba en el muro largas sombras movibles.

Apenas estuvo cerca del arca Daniel se detuvo para sofocar su impresión. Contempló al dormido y colocando sus muletas bajo los brazos hizo empeño de levantar la tapa. El arca crujió con un sonido seco. Lúcas dió un salto y abrió los ojos. Vió lo que hacía su hermano y empezó á gritar como un poseído, agitando con furor los brazos en ademán de odio.

«¡El ladrón! ¡El ladrón! ¡Socorro!» La furia lo ahogaba. Y mientras que su hermano encorbado en el arca, ciego de hambre buscaba con temblorosa mano un pedazo de pan, saltó de la cama, se echó sobre él para impedirle tocara una sola migaja.

«¡Ladrón! ¡Ladrón!» gritaba el miserable.

Enloquecido por el odio, echó con furor la tapa sobre la pobre cabezota de Daniel que se agitaba inútilmente como una víctima cogida en el lazo. Pero Lúcas perdida toda conciencia le estrechaba más y más echado encima con todo su peso parecía querer decapitarlo. Crugía la tapa internándose en la carne viva de la nuca, reventando las arterias, las venas y los nervios del cuello; hasta que llegó el momento en que sólo un cuerpo inanimado colgaba del arca; un cuerpo que no daba ninguna señal de vida.

Entonces, á la vista del inválido asesinado, una espantosa locura invadió el alma fraticida.

Dos ó tres veces atravesó la pieza temblando á la luz de las bujías que esparcían el miedo en la oscuridad. Se metió á la cama, internándose bajo las frazadas, envolviéndose de piés á cabeza, ocultando toda su horrorosa figura. Entretanto, en aquel pavoroso silencio sus dientes castañeteaban como una lima que tritura un fierro.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

